

Juan Luis Cebrián

La agonía del dragón

UNA NOVELA



La agonía del dragón recorre las postrimerías del franquismo a través de una generación que posibilitó la llegada de la democracia a España. La primera entrega de una saga que comienza en España en 1968. Abarca cinco años clave en la posterior evolución de la vida política española, lo que podríamos llamar era Carrero, hasta su asesinato en 1973. Tiempos de transformación en una dictadura que parecía eterna. Un drama cuyos personajes –los históricos y los novelescos– tienen encarnadura literaria y representan distintas formas de la pasión y del compromiso. Desde los fascistas a los revolucionarios de extrema izquierda en una amplia gama de posibilistas, acomodaticios, ambiciosos, neuróticos...

A mis hijos, a los hijos de mis hijos, para que no se pierda la memoria de nuestras generaciones.

Carta al autor, que puede utilizarse como manual de uso

Señor:

Durante años he investigado sobre la vida y la muerte de los dragones, a quienes muchos se empeñan en confundir con animales mitológicos, como denunciando su inexistencia por el simple hecho de que pertenezcan, con todo derecho, a la realidad virtual. Las leyendas y mentiras tejidas en torno de ellos no nos permiten, las más de las veces, formarnos un juicio acertado y la iconografía clásica tergiversa frecuentemente sus dimensiones y características. Incluso he encontrado en Internet un anciano de noventa y ocho años que, desde su retiro en Sakescheuán, clama haber visto el último dragón vivo de la tierra, exhibido en cautividad en un parque zoológico de Nebraska, como si se tratara de una fiera apresable, o como si sus necesidades alimenticias, basadas fundamentalmente en el consumo de sangre humana –lo que ha llevado a algunos a confundirles con los vampiros, incurriendo en la lamentable equivocación–, pudieran atenderse por los servicios habituales de cualquier institución de ese género. Yo he conocido una extensísima bibliografía, he recorrido decenas de miles de kilómetros en busca de fósiles y evidencias científicas, he participado en numerosas excavaciones y he asistido a infinidad de seminarios y congresos sobre esta materia; ello me ha permitido llegar a unas po-

cas conclusiones ciertas, cuyo conocimiento puede servir a los propósitos de su consulta.

Queda fuera de dudas no sólo la existencia histórica de los dragones, sino su permanente presencia entre nosotros. Podemos datar sus orígenes en los tiempos del Génesis y existen numerosos documentos que nos hablan de su importancia para el devenir de las civilizaciones. Los chinos y otros pueblos orientales los celebran como fuente de fertilidad y los veneran como a divinidades, pero las especies más difundidas son oriundas de la India y de Etiopía, según consta en el bestiario latino en prosa de la Universidad de Cambridge, citado luego por Ignacio Malaxecheverría en su *Bestiario Medieval*, e inspirado probablemente en el *Fisiólogo de Grecia*. De todas formas, el peculiar proceso de reproducción de estos temibles seres, vecino a la partenogénesis, junto con el paso de los años, ha llevado al establecimiento de un buen número de diferentes colonias, con una significativa distinción de razas que podemos considerar autóctonas, aunque en todas ellas es fácil identificar rasgos comunes. Contra los que suponen que el descubrimiento de cultos y celebraciones draconianas de signo festivo en las culturas orientales significaría la existencia, al menos, de una subdivisión de notable importancia entre dragones buenos y malos, mis estudios prueban que constituye un craso error atribuirles categorías morales fruto de la invención humana. La expresión ambivalente de las culturas del dragón, constatada a lo largo de los siglos, pone de relieve la naturaleza paradójica y aun contradictoria de su existencia, lo que justifica la ambigüedad de la liturgia construida a su alrededor. No podemos olvidar que los dragones son espíritus puros, aun si la propia denominación de pureza se presta a interpretaciones equívocas, cuyos componentes esenciales, según las autopsias realizadas, son el miedo y la fuerza. Del equilibrio que se guarde entre estos dos elementos depende en gran medida el comportamiento del

que podríamos llamar –aunque bien impropia– bi-cho. En realidad, la fuerza del dragón procede de su pánico y me permito suponer que la ausencia de éste, el reconocimiento de su propia seguridad y permanencia en la comunidad en la que se asienta, disminuye precisamente su voluntad de destrucción e incluso su capacidad de ejercerla. Lo que nos llevaría a concluir que un dragón bueno –en la jerga popular– no es más que un dragón contento, aunque no acabo de estar muy convencido de lo acertado de semejante proposición.

Pero no quiero apartarme del discurso principal de esta misiva, que no tiene por objeto sino responder a su muy preciso requerimiento en torno a la probabilidad de que los hechos acaecidos en las últimas décadas en España tengan que ver con las contiendas que pudieran haberse entablado entre dragones, o con el estertor final de alguna especie que se resistiera a su extinción. He de aclararle a este respecto que los dragones son seres mutantes y que, aunque está científicamente comprobada la muerte de muchos, las más de las veces migran entre ellos cuando ven amenazada su supervivencia, dando cobijo el cuerpo de uno al espíritu del otro y acrecentando así, en ocasiones, su naturaleza paradójica y pluripersonal, lo que les vuelve extremadamente peligrosos cuando se enojan, pues son verdaderas tribus de dragones distintos las que se manifiestan ante el exterior con una sola e impresionante presencia física. Al referirnos a ésta, y aun siendo muchas las diferentes representaciones que pueden adquirir, es lícito establecer que los dragones, en su materialización corpórea, se asemejen siempre a reptiles, unas veces con alas y otras con plumas, por lo que poseen, en cualquier caso, una poderosa cola. Otro rasgo común a todos ellos es el fuego interior que les consume y que expulsan indistintamente por ojos y bocas, provocando su sola presencia una subida de la temperatura del ambiente, que puede volverse insoportable aun si no escupen su abrasador

aliento. Éste es fruto de las irregulares proporciones entre miedo y fuerza que albergan sus vísceras. Desde un punto de vista exclusivamente empírico, hemos logrado demostrar que sus pulmones y su sangre dan alojamiento también a una cantidad considerable de gas metano. Por eso, un chasquido de los dientes, un simple rechinar, basta para provocar las chispas que encienden su poderosa hoguera interior. De ahí que algunos consideren que el origen de su poder está en la dentadura y es verdad que, en la Grecia clásica, si uno sembraba las muelas de un dragón florecían en su lugar guerreros valerosos. Pero siendo el metano algo tan unido a las proyecciones físicas de estos seres resulta muy improbable que una explosión de gas, e incluso una explosión cualquiera, pueda acabar con su vida. Antes bien podría suceder lo contrario: que, en medio de una apariencia de destrucción, el dragón sumara fuerzas y se revitalizara con los fluidos liberados en el incidente. En realidad la única forma segura de darles muerte es con la espada, y en esto se asemejan también a los vampiros, aunque en el caso de aquéllos es el acero y no la estaca lo que debe horadarles la entraña para dar fe de su completo aniquilamiento. Por último, pues no quiero aburrirle con un tema que a mí me apasiona pero que no suele atraer el interés general, es muy importante insistir en que, aunque el poder de tan temibles monstruos resida en la boca, la fuerza está en su impresionante cola con la que asfixia, inmisericorde, a sus enemigos enroscándose en torno suyo como si fuera una pitón; también puede aplastar barrios enteros, y aun ciudades, sólo con dejarla caer desde gran altura. Testigos presenciales de la muerte de algún dragón, que en ocasiones fueron también sus verdugos, han relatado por escrito que el monstruo, en su momento agónico, no cesa de dar horribles coletazos por lo que son sus últimas horas de existencia las más peligrosas, aun si su poderío puede haber sido mellado por la edad o las heridas infligidas en la lucha. La agonía del dra-

gón es un espectáculo digno de verse y de narrarse, pero conviene contemplarlo desde lugar seguro, pues entre las llamaradas, los golpes, y sus grandes y sonoros lamentos, que a veces se confunden con amenazas e improperios, no existe ser humano que no experimente auténtico terror ni que pueda considerarse a salvo en muchas leguas a la redonda.

Creo que estas breves consideraciones podrán servir a sus lectores como discreto manual de uso para el manejo del relato que me adjunta. Aprecio mucho la advertencia que me hace en el sentido de que los datos, fechas y concreciones del texto son fruto exclusivo de su memoria, mala o buena, y que podría detectarse alguna falta de rigor o de precisión. Le pongo de relieve que eso es irrelevante para mi dictamen, pues siendo los dragones divinidades degradadas —y quizá eso explique el culto diferente que reciben en la China, pues en su caso no habrían recibido el castigo que las arrojó al abismo— no están sujetos a los límites que el calendario establece. La Historia de los pueblos se construye más a base de emociones que de hechos y el recuerdo personal que tengamos de nuestro pasado es más importante que el pasado mismo. Esto resulta especialmente verdad a la hora de escribir sobre dragones, puros espíritus que se resisten a ser juzgados exclusivamente por sus manifestaciones materiales, y que moran en los recónditos parajes de las almas de los hombres. Cuanto le digo bastará para hacerle comprender al menos dos cosas: primera, que no creo que los dragones hayan desaparecido de la faz de la tierra, ni que puedan ser mostrados en una jaula como el de Nebraska, cuyo solo registro en los archivos constituye toda una impostura. Segunda, y más importante para los efectos que nos ocupan, que es muy improbable que el dragón de su relato muriera por los efectos devastadores de las diversas agresiones que contra él se ejercieron. Por eso, aun siendo científicamente poco permisible que usted describa este episodio

como su agonía, podemos considerarlo como una licencia literaria, absolutamente lícita cuando se trata de seres tan ligados a la mitología y la leyenda.

Espero ansioso la segunda parte de la narración si, como supongo, está usted dispuesto a continuarla. Quizá pueda en ese trance serle de mayor utilidad y extender, entonces, el certificado de defunción de la bestia.

Atentamente,

(Firma ilegible)

I

Otra señal apareció en el cielo: un dragón color de fuego, con siete cabezas y diez cuernos; sobre sus cabezas, siete diademas; su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas y las lanzó sobre la tierra.

(San Juan. Apocalipsis, XII, 3)

Uno

–Yo le dije lo que tenía que decir: quien a los veinte años no es comunista es que no tiene corazón, y el que lo sigue siendo a los cuarenta es que no tiene cerebro.

Apagó el puro en el cenicero de latón, que utilizaba también como pisapapeles. Su mirada se desvió, involuntariamente, hacia uno de los documentos salpicados de ceniza, y desplegó una mueca sarcástica al reconocer el matasellos de *confidencial*.

–Pero una cosa es lo que dije y otra lo que pienso. Has ido demasiado lejos, muchacho.

Había un retrato del Generalísimo, con capote de campaña y un aura celestial orlando su figura, colgado en alguna pared del despacho, y otro más reciente sobre una mesita. En éste, una fotografía, se le veía vestido de mariscal y tenía la mirada perdida, como sucede cuando uno posa para la eternidad. Un autógrafo, al pie, con una dedicatoria ilegible.

–O sea –continuó él su perorata– que te tomas unas vacaciones y descansas. Vete al mar, a la sierra, al extranjero incluso. Y recuerda lo que decía mi madre: no hay que firmar nunca nada, no vayas a hacerlo un día con tu sentencia de muerte. Esta vez no ha sido así, pero casi, casi.

Rió escandalosamente y se levantó, entre afectuoso y autoritario, para acompañarle hasta la puerta. Ya en ella, le abrazó como si se tratara de un viejo camarada o de un familiar.

–Tu padre sigue bien, ¿no? La verdad es que, a pesar de sus males, está hecho un chiquillo. Le das mis recuerdos, como siempre. Sabes que le quiero mucho. Y a ti, como a un hijo.

Cuando le estrechó la mano, en un gesto que se suponía afectuoso, Alberto sintió un sudor frío en la palma y un embarazo indescriptible le recorrió el cuerpo. Hubiera querido explicarle a don Epifanio la verdad, que él no era comunista, ni socialista, ni nada, a lo mejor socialdemócrata, pero sólo si le apretaban. ¿No había franquistas que también decían que lo eran? ¿Y no aseguraba la Falange que entre ella y el socialismo únicamente había un malentendido, lo mismo que con los fascistas? Mussolini había comenzado, incluso, como militante de la izquierda. Claro que no era momento para dar explicaciones. El día en que le presentaron el papel a la firma, le pareció lo más natural sumarse a la protesta. Sindicalistas, nacionalistas vascos y catalanes, estudiantes detenidos durante los últimos disturbios, testimoniaban sobre las sevicias, innumerables y horribles, cometidas en las comisarías. Encabezaba el documento Joan Miró, el pintor español vivo más admirado y respetado después de Picasso, muy por encima de las extravagancias de Dalí, definitivamente sojuzgado por el imperio del dólar. ¿Cómo iban, a estas alturas, a enfrentarse con Miró? Mientras estampaba su nombre y número de carné de identidad en la larga lista de adhesiones, pensaba también que aquello no podía ser muy peligroso. De modo que no iba a ponerse a discutir con don Epifanio, al que en cierta forma apreciaba pero que, por otra parte, representaba mucho de lo que le gustaría destruir, era tan cavernícola como cualquiera. Además le tenía que estar agradecido: un permiso es mil veces mejor que un expediente, y a otro le habrían puesto en berlina. A saber si no hubiera perdido la carrera. O sea que apenas balbució palabra, no protestó, y se limitó a mirarle a la cara con desinterés, sin hacerle patente los sentimientos encontrados que su figura le producía.

Don Epifanio había sido desde siempre su protector, en los estudios, en la oposición, en el destino. Le unía a su padre una vieja y estrecha amistad. Como no había tenido

descendencia, prohió a Alberto a poco de nacer y había cuidado de su educación –incluso económicamente– con un esmero y una solicitud que la familia no supo nunca cómo agradecer. Allá por los años cincuenta, durante los veranos, acostumbraba a llevar al chico a pasar unos días con él, cosa que todos parecían festejar muchísimo, salvo el propio Alberto, desgajado momentáneamente del hogar familiar y obligado a comportarse con una circunspección excesiva, «no vaya a molestar a don Epifanio, con lo bien que se porta contigo», insistía su madre. El chico desgustaba aquellas tardes de julio suspirando por un ambiente menos atosigante, más placentero, en el que no fuera necesario dedicar de forma obligatoria un par de horas a la lectura de unos libros a los que sólo su protector concedía importancia. Por lo general, los firmaban algunos buenos estilistas dedicados a narrar la guerra civil española con sonrojante parcialidad desde el bando de los vencedores. A Alberto le llamaba la atención que aquellas plumas privilegiadas, o al menos fáciles, incisivas como decían los petulantes, se pusieran de manera tan incondicional al servicio de una historia manipulada y falsa, la misma que desde la escuela había escuchado en torno al glorioso Alzamiento Nacional. Todas esas circunstancias explicaban que, cuando cumplió los catorce años y empezó a adquirir cierta autonomía, se plantara por fin, negándose a continuar con tan tediosas vacaciones, cuya brevedad no compensaba en absoluto la falta de cariño que él presentía, camuflada de atenciones untuosas y recomendaciones sobre todo tipo de asuntos, desde cómo doblar la servilleta hasta el número de veces que era preciso lavarse los dientes. Durante la adolescencia logró, así, liberarse un poco de la agobiante tutela, que se hizo menos explícita y más efectiva con ocasión de su ingreso en la universidad. Don Epifanio pudo recomendarle con éxito a algunos de los profesores más huesos y ayudó a orientarle en las oposiciones, para incorporarle más tarde a su pro-

pio despacho. No tenía más que motivos de reconocimiento para él, y no existía razón alguna para demostrarle que, en su dualidad de sentimientos, encarnaba ciertas nostalgias del pasado pero también aquello que le gustaría ver desaparecer para siempre. Algo que el otro no podía ni siquiera sospechar cuando apretó su mano con una sonrisa torpe y musitó unas tímidas gracias, a media voz, antes de darle la espalda con presteza y lanzarse, escaleras abajo, camino de la calle, en busca de un poco de aire fresco.

Los escaparates hacían honor a los fastos de la Navidad y, a esas horas de la tarde, comenzaban a lucir algunas guirnaldas y se arremolinaban las gentes en las aceras, ansiosas de comprar lo que fuere, con tal de cumplir con el rito obligado. Ya decía la propaganda oficial que España había entrado, felizmente, en la sociedad de consumo. Caía una suave escarcha sobre Madrid. Alberto se levantó las solapas del abrigo para proteger sus mejillas del venticillo serrano que se colaba por las esquinas, enfiló la calle de Alcalá y se metió en el primer bar que encontró a su paso. Era ya hora de llamar a Marta.

Se habían conocido, hacía apenas tres meses, en la fiesta de su primo Ramón. «Mis padres han vendido el chalé –había dicho éste– y nos lo dejan para que acabemos con todo antes de entregarlo. Pero no podemos esperar a Año Nuevo, o sea que, si te parece, lo celebramos ahora, que es lo mismo. Total, cuanto más pronto llegue 1969, mejor. Con ese número tiene que ser el año de la liberación sexual. ¿A ti te gusta el 69?».

Tenía menos edad que Alberto y, en realidad, no eran sino primos segundos o terceros. Pertenece a la ala adinerada de la familia que resultaba ser también, por pura paradoja, la única más o menos librepensadora, al menos de boquilla. Su padre, un azañista de poca monta, tuvo que exiliarse tras la guerra a Venezuela o a Colombia, donde consiguió hacer un verdadero platal, al tiempo que culti-

vaba su pasión antifranquista. Volvió a España a principios de los sesenta, atraído por las noticias que hablaban de cierto aperturismo político y de un formidable desarrollo económico, y espantado, también, con el triunfo de Fidel Castro en Cuba y la amenaza de un reguero revolucionario en América Latina. Alberto sentía una curiosidad casi morbosa por aquel tío suyo, republicano a machamartillo y que se las daba de liberal, pero que vivía anclado en un mundo de valores sociales rayano en lo reaccionario. Su caso era el de muchos exiliados españoles a México o Argentina, que habían contribuido sobremanera a hacer progresar aquellos países. Se trataba de intelectuales, profesionales, escritores y artistas comprometidos con la causa de la República cuya llama mantuvieron viva durante décadas, contra viento y marea. El precio que pagaron por ello fue su complicidad, o al menos una especie de conchabeo, con las autoridades y los poderes públicos de los lugares de acogida. Se integraron en sus instituciones, las fecundaron con su creatividad, casaron a sus hijos con las hijas de los magnates locales y acabaron por confundirse con ellos en una mezcla de intereses y gratitudes que les llevaba a un curioso compadreo entre su ferocidad antifranquista y su absoluta sumisión a las oligarquías dominantes, cuando no su encastramiento en ellas. También profesaba Alberto una admiración no oculta por su primo Ramón, un joven extraordinariamente seductor, de aspecto deportivo, siempre dispuesto a la jarana y la diversión, que combinaba sus cualidades de *play-boy* con una militancia política inequívocamente de izquierdas. Sus aficiones de activista y su dedicación a la vida nocturna eran las causas de que anduviera tan retrasado en la carrera, gracias a lo cual pudo ser compañero de Marta en el tercer año de universidad. Fue él quien se la presentó al tiempo que le brindaba un guiño cómplice: «Es italiana, ¿sabes? Y de buena familia».